

50

FRAGMENTOS DE UN TEJIDO

Eliseo Verón

Primera edición, abril del 2004, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.
Paseo Bonanova, 9 1º-1ª
08022 Barcelona, España
Tel. 93 253 09 04
Fax 93 253 09 05
Correo electrónico: gedisa@gedisa.com
<http://www.gedisa.com>

ISBN: 84-7432-873-X

Impreso por: Indugraf S.A.
Sánchez de Loria 2251/67
(1241) Buenos Aires
Argentina

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma.

gedisa
editorial

12hs

no permite) sería la acción de conferir dignidad, mientras que la única forma disponible, 'investidura', es la dignidad conferida y no la acción de conferirla. Aquí la «codificación» entre el castellano y el francés es turbulenta, compleja, imperfecta, no hay «buena» traducción posible (queda siempre la posibilidad de una paráfrasis). La situación se complica aun más porque la forma francesa *invertir* no tiene absolutamente nada que ver con el sentido económico, sino que es, sólo y claramente, *invertir* («invertir los roles») dar vuelta, poner al revés.

Ambas lenguas, cada una por su lado, son sintomáticas. Porque estos deslizamientos semánticos entre el mundo del poder (de la dignidad) y el mundo económico ¿serán puro azar del diccionario? Si yo pudiera decir, en español, «las reglas de investimento de las materias significantes» [por el sentido] me quedaría tranquilo. Pero estaría diciendo también que el significado confiere dignidad al significante, que un *investissement* es una *investiture*, que hay una relación entre el sentido, la dignidad, y el poder. ¿Por qué habrá sido que Saussure llamó *valor* a la dimensión más importante de su modelo del signo? Roland Barthes, en la Lección Inaugural de su cátedra del Collège de France, pronunciada en 1977, explicó por qué a su manera «la lengua, como ejecución de todo lenguaje, no es ni reaccionaria ni progresista; es, simplemente, fascista; porque el fascismo no es impedir decir, es obligar a decir». Este vínculo consustancial entre la lengua y el poder pasa por la ejecución (por la *performance*, dice Barthes): «Desde el instante en que es proferida, aunque sólo fuera en la más profunda intimidad del sujeto, la lengua entra al servicio de un poder». Pero si se trata de la ejecución, el poder no es una dimensión de la lengua sino del habla, la cuestión del poder, podría decirse en una terminología más «moderna», es una cuestión pragmática. La provocación consistente en calificar a la lengua de «fascista», que indignó a muchos, tiene en mi opinión un origen claro, explicitado por el propio Barthes dos párrafos antes: «El lenguaje es una legislación, la lengua es su código». En este sentido se define la pertinencia de la perspectiva que intenté dibujar en el artículo: la lengua no es un código. Si lo fuera, la posición de Barthes sería ineludible. La lengua no es fascista porque no es un código. Convendría agregar: una ideología tampoco es un código. Conclusión: el fascismo no es una ideología, el nazismo tampoco. Son algo mucho más siniestro.

Qué importa. Las discrepancias se esfuman cuando se trata de un autor capaz de proponer definiciones tan exactas y abrumadoras como esta: «Yo llamo discurso de poder a todo discurso que engendra la falta, y por lo tanto la culpabilidad, de quien lo recibe». Magnífica frase que formaría parte de ese capítulo que la pragmática contemporánea no supo (o no quiso) construir, el más importante: el capítulo del poder perlocutorio de los actos de habla.

3

Diccionario de lugares no comunes*

Diccionario: s. m. 1 Colección de palabras dispuestas según un orden convenido.

Le Petit Robert

Indicaciones para su uso

Este es mi diccionario. Es la lista de ciertas palabras que empiezo para ocuparme de los *discursos sociales* y por lo tanto de lo ideológico y del poder de los discursos. En su conjunto, esta lista quiere sugerir la posibilidad de una teoría de la *producción social del sentido*. Probablemente debí llamarla «léxico», antes que «diccionario» (puesto que según la misma fuente que cito al principio, el diccionario francés *Le Petit Robert*, léxico es la «colección de palabras empleadas por un autor...»), pero no pude resistir a la tentación de evocar el «Diccionario de los lugares comunes» o, como decía Flaubert, el «Catálogo de las ideas distinguidas». Y cuando se trata de la ideología y del poder, las ideas distinguidas abundan.

Entiéndase bien: aquí como en cualquier otra parte, las ausencias dicen tanto como las presencias.

El concepto de diccionario no implica necesariamente la noción de un orden alfabético, sino solamente la de un orden convenido. Me pare-

* En 1979, la revista *Connexions* solicitó a varios autores su punto de vista personal sobre el tema «Poder de los discursos». Yo decidí hacerlo bajo la forma de un léxico, evocando el *Dictionnaire des idées reçues* de Flaubert. En este contexto, «idées reçues» puede traducirse también como «prejuicios».

ció que el orden alfabético, en este caso particular, no era conveniente. De modo que dispuse los artículos en un orden que va desde los conceptos que me parecen más esenciales, hasta los términos que designan problemas de metodología y plantean cuestiones más técnicas. El conjunto de la lista puede entonces dividirse en cuatro grupos de términos. El primero comprende dos subgrupos:

Producción / Reconocimiento (Condiciones de, Gramáticas de)
Circulación

Estos dos primeros temas abarcan, de manera muy sucinta, lo esencial del esquema del sentido, entendido como perteneciente a un sistema productivo. El segundo grupo, que incluye los términos:

Ideología
Ideológico
Poder

plantea, como puede apreciarse, el núcleo de la problemática sociológica que nos interesa.

En el tercer grupo se incluyen los temas:

Discursos (Análisis de los) y
Lingüístico (Análisis)

Mediante el análisis de estos dos términos procuro plantear el problema, esencial en mi opinión, de las fronteras entre la evolución de la lingüística y el estudio de los *discursos sociales*.

El cuarto grupo está dedicado a las principales nociones referentes a problemas de metodología:

Operación
Desfase
Interdiscursividad
Lectura(s)
Texto
Semiosis

Finalmente, un residuo que señala la posición del sujeto.

Verón (Eliseo)

En este apartado propongo una breve lista de trabajos que le permiten al lector ver cómo y por qué decidí adoptar este marco conceptual.

Producción/Reconocimiento (Condiciones de, Gramáticas de)

Producción/Reconocimiento son los dos polos del sistema productivo de sentido. Llamamos circulación al proceso de desfase entre ambos, desfase que puede adquirir formas muy diferentes según el tipo de produc-

ción significativa considerada (V. *Circulación*). El analista del discurso puede interesarse ya sea por las condiciones de generación de un discurso o un tipo de discurso, ya sea por las lecturas de que ha sido objeto el discurso, es decir por sus efectos. Decimos entonces que se interesa en el primer caso por la gramática de producción y en el segundo por una (o varias) gramáticas de reconocimiento. Por supuesto, puede interesarse por ambas, es decir, interesarse en realidad por un proceso de circulación.

Una gramática de producción o de reconocimiento tiene la forma de un conjunto complejo de reglas que describen operaciones (V. *Operación*). Estas operaciones son las que permiten definir ya sea las restricciones de generación, ya sea los resultados (en otra producción discursiva) bajo la forma de una cierta lectura. En otras palabras, una gramática es siempre el modelo de un proceso de producción discursiva. Puesto que el punto de partida del análisis son inevitablemente los conjuntos significantes dados (es decir, el sentido incorporado en discursos observados), el movimiento del análisis consiste en reconstituir el proceso de producción partiendo del «producto», radica en pasar del texto (inerte) a la dinámica de su producción.

La operación metodológica que consiste en constituir un corpus dado de discursos permite automáticamente distinguir el corpus mismo de todos los demás elementos que deben incluirse en el análisis pero que no están «en» el corpus. Tales elementos, que podemos designar como extradiscursivos, constituyen las condiciones o bien de la producción, o bien del reconocimiento. Esas condiciones contienen siempre otros discursos, pero estos últimos no forman parte del corpus, funcionan en realidad como condiciones de producción o de reconocimiento. Entre las condiciones, por supuesto, está también todo aquello que el analista considerará, por hipótesis, como elementos que desempeñan un papel determinante para explicar las propiedades de los discursos analizados: esos elementos varían según el tipo de investigación y según la naturaleza de la producción significativa abordada. Tratándose de la problemática de lo ideológico y del poder, esos elementos tendrán que ver con las dimensiones fundamentales (económica, política y social) del funcionamiento de la sociedad en el interior de la cual se produjeron tales discursos (V. *Ideológico*). Ahora bien, no basta con postular tales condiciones; hay que mostrar que efectivamente lo son. Para que algo sea considerado como condición de producción de un discurso o de un tipo de discurso, es necesario que haya dejado huellas en el discurso. Dicho de otro modo, es necesario mostrar que si los valores de las variables postuladas como condiciones de producción cambian, el discurso también cambia.

En relación con un texto o con un conjunto de textos sometidos al análisis discursivo, una gramática (sea de producción o de reconocimiento) nunca es exhaustiva. Puesto que todo texto es un objeto heterogéneo y constituye el lugar de encuentro de una multiplicidad de sistemas de determinación diferentes (V. Texto), es posible construir tantas gramáticas como maneras haya de abordar el texto. Lo cual equivale a decir que no se puede hablar sencillamente de gramática textual. Aquí nos interesan la de lo ideológico y la del poder. Pero hay otras. Si lo ideológico, si el poder, atravesan el discurso, esto no quiere decir, sin embargo, que en un discurso sólo haya componentes ideológicos y de poder.

Circulación

Si se elige como estrategia teórica la que consiste en afirmar que los fenómenos de sentido, para ser comprendidos, exigen definir el modelo de un sistema productivo, es decir, que los discursos son productos cuyo engendramiento y cuyos efectos es necesario estudiar, el concepto de circulación designa entonces el tejido intermediario de ese sistema. Pero si bien el aspecto producción de los discursos y el aspecto efectos (V. Producción / Reconocimiento) suponen lecturas de un discurso o de un conjunto de discursos (V. Lectura(s)), no ocurre lo mismo con el aspecto circulación: este último no implica un tipo de lectura. Porque la circulación, en lo que concierne al análisis de los discursos, sólo puede materializarse, precisamente, en la forma de una diferencia entre la producción y los efectos de los discursos. En otras palabras, una superficie discursiva está compuesta por marcas (V. Lingüístico, Análisis). Esas marcas pueden interpretarse como huellas de las operaciones de engendramiento (V. Operaciones) o como huellas que definen el sistema de referencias de las lecturas posibles de ese discurso en reconocimiento. Hablando con propiedad, no hay huellas de la circulación: esta se define como el desfase, que surge en un momento dado, entre las condiciones de producción del discurso y las lecturas en la recepción.

Las condiciones de la circulación son extremadamente variables, según el tipo de soporte material-tecnológico del discurso (intercambios orales en la conversación, en comparación con los discursos de los medios masivos, por ejemplo) y también según la dimensión temporal que se tome en consideración, pues esta puede concebirse como un continuum que va desde el estudio sincrónico a la diacronía del tiempo de la historia. En el primer caso, las condiciones de la circulación dependen de las condiciones de funcionamiento de la sociedad en un momento dado (por ejemplo, pueden estudiarse las relaciones-desfases entre las

Journal de "recherche" respondant à "études" de 1977

condiciones de producción del discurso audiovisual de la televisión y las gramáticas de lectura en recepción, en un contexto social determinado). En el segundo caso, la circulación de los discursos llega a ser una dimensión propiamente histórica, que remite a la historia social de los discursos (el análisis, por ejemplo, de las diferentes gramáticas de reconocimiento que le fueron aplicadas a *El Capital* de Marx durante los últimos cien años, gramáticas que remiten a las transformaciones experimentadas por las condiciones económicas, sociales y políticas de su lectura).

Si bien el concepto de circulación es aparentemente el más «evanescente» (la circulación no deja huellas en el discurso), es, al propio tiempo, la que le confiere su dinámica al modelo: designa la manera en que se transforma en el tiempo el trabajo social de inversión* de sentido.

Ideología(s)

En las ciencias sociales, el principal problema que se plantea al tratar de utilizar las nociones de la teoría es que esas nociones tienen vida propia, por así decirlo, en el seno del funcionamiento social. Uno procura delimitar el empleo de ciertos conceptos dentro de un marco teórico, pero esos conceptos existen también fuera de tal marco, es decir, en el seno de las prácticas sociales. A menudo el mismo término forma parte, por un lado, del objeto estudiado, y por otro del discurso (sociológico) que se propone describir ese objeto. Es el caso, típico, de la noción de «ideología». Si nos declaramos interesados en constituir una «teoría de las ideologías», estamos empleando un término que, en otro nivel, forma parte del objeto que nos interesa. Pues el funcionamiento de las ideologías no es ajeno a su denominación. Fascismo, estalinismo, peronismo, socialismo, derecha, izquierda: otras tantas categorías que agrupan conjuntos heterogéneos de fenómenos de significación y que sirven, a los actores sociales mismos, como principios de inteligibilidad para comprender ciertos procesos sociales, para comprender sus propias conductas y las de los demás.

¿Cómo tomar distancia del uso «social», precientífico, de esta noción? El corte con el empleo «espontáneo» o «ingenuo» de ese término debe hacerse, precisamente, en virtud de la diferencia entre la noción de «ideología» y la de «ideológico». (V. Ideológico). No se trata pues de renunciar al término ideología (lo cual, por otra parte, sería imposible). Antes bien, se trata de reservarle un empleo descriptivo y no teórico:

* Véase «Nota de lectura» del capítulo 2 de este libro.

«ideología» designaría así una *formulación histórica* en el sentido de la designación del diccionario: «Sistema de ideas, filosofías del mundo y de la vida»; «Conjunto de ideas, de creencias y de doctrinas propias de una época, de una sociedad o de una clase» (*Le Petit Robert*). Caracterización que, dicho sea de paso, no muestra ninguna diferencia con la de Althusser (1965: 238): «...sistema de representaciones (imágenes, mitos, ideas o conceptos, según el caso) dotado de una existencia y de un rol histórico en el seno de una sociedad dada» (lo cual muestra claramente que este autor no logró tomar distancia del empleo «ingenuo» del concepto). Se advierte pues que no se trata de un concepto teórico sino que abarca componentes de lo más diversos: doctrinas, ideas, actitudes, imágenes, conceptos... Y esa es, precisamente, su función: poner orden en la percepción de los actores sociales, respecto de una diversidad de cosas que tienen que ver con el sentido. Si uno le atribuye una condición puramente descriptiva, preteórica, el empleo del término no parece peligroso: quien estudia los discursos sociales, como cualquier otro miembro de la sociedad, tiene que vérselas también él, con las «ideologías». Solamente desde el punto de vista teórico hay que tener presente que la existencia social, histórica, de estos objetos no es ajena al hecho (también social e histórico) de reconocerlos como tales y, en consecuencia, de nombrarlos.

Por ello es aconsejable no olvidar tampoco el plural de ese término: dentro de una sociedad (al menos en el seno de nuestras sociedades industriales) siempre hay muchos de tales objetos. Lo que nos ocupa no es la Ideología, sino las ideologías. Hablar de la Ideología es confundir el empleo «espontáneo» y la utilización teórica. Es mejor indicar el paso al nivel teórico mediante un cambio del término: ese es el papel que le cabe al concepto de *ideológico*.

Ideológico

Como concepto que pretende ser teórico, lo «ideológico» designa pues no un objeto, ni un conjunto reconocible de «cosas» (se las llame ideas, representaciones, opiniones o doctrinas), sino una *dimensión de análisis del funcionamiento social*. Estamos ante lo ideológico cada vez que una producción significativa (sean cuales fueren su soporte y las materias significantes en juego) se aborda en sus relaciones con los mecanismos de base del funcionamiento social entendidos como restricciones al engendramiento del sentido. Dicho de otro modo, ideológico es el nombre del sistema de relaciones entre un discurso y sus condiciones (sociales) de producción. El análisis ideológico es el estudio de las huellas que las condiciones de producción de un discurso han dejado en la superficie

discursiva. Así como la noción de «ideología(s)» se sitúa habitualmente en el nivel de los *productos* (ideas, representaciones, opiniones, etc.), el concepto de «ideológico» corresponde al nivel de las *gramáticas de su producción* (V. *Producción / Reconocimiento*).

Este punto de vista implica una variedad de consecuencias. Veamos las más importantes.

Por el hecho de ser una *dimensión*, la que concierne a la relación de la incorporación de sentido con los mecanismos de base del funcionamiento social entendidos como condiciones de producción del sentido, lo ideológico está en todas partes. Puede manifestarse en cualquier nivel de la «comunicación social», como suele decirse (interpersonal, institucional, mediática, etc.). Puede incorporarse en cualquier materia significativa (la conducta, el lenguaje, la imagen, los objetos). Lo ideológico no es pues algo del orden de la «superestructura»: es una *dimensión que atraviesa toda la sociedad*. Lo cual no equivale a decir que todo sentido producido en la sociedad sea ideológico: afirmar que lo ideológico está en todas partes no es lo mismo que decir que todo es ideológico. En una sociedad y en lo que se refiere al sentido, se producen muchas otras cosas además de lo ideológico.

Lo ideológico no tiene nada que ver con la problemática de lo verdadero y lo falso, ni tampoco con nociones tales como ocultación, falsa conciencia o deformación de lo «real». En nuestras sociedades no existen discursos que se produzcan fuera de ciertas condiciones económicas, sociales, políticas e institucionales determinadas. Ahora bien, no es posible calificar lo ideológico como correspondiente al orden de lo falso, el enmascaramiento o la alienación, salvo que uno considere que pronuncia un discurso *absoluto*, un discurso que sería la reproducción exacta de lo real. Semejante discurso, libre de toda restricción que pudiera marcarlo en su etapa de producción, nunca ha existido. Y sin embargo, en este terreno, los juicios negativos son siempre posibles: se hacen sobre una ideología y a partir de otra.

El discurso «absoluto» existe pues (y es importante señalarlo) como efecto discursivo. Es decir: aunque todo discurso esté sometido a determinadas condiciones de producción, hay algunos que se presentan como si no lo estuvieran: es fácil advertir que, en realidad, el efecto de sentido de ese discurso de lo Verdadero no es otra cosa que el efecto de poder (de creencia) de un discurso (V. Poder) (lo que Barthes llamaba, hace ya mucho tiempo, el «efecto de naturalización» al hablar del mito). Para calificar a otro discurso de intrínsecamente falso, deformante o alienante, es necesario que uno tenga el discurso de la Religión (que a veces puede llamarse Marxismo o Teoría). Dicho esto, es menester destacar que esta problemática (que afecta esencialmente a la antigua cuestión ciencia/ideolo-

gía) es sólo un pequeñísimo fragmento del universo de lo ideológico: es una problemática que concierne al discurso lingüístico escrito, que supuestamente representa una realidad exterior. Si lo ideológico puede incorporarse en cualquier materia significativa, si concierne tanto al lenguaje como a la imagen o al cuerpo, su esfera es pues mucho más amplia que la que define la cuestión del discurso escrito en función referencial.

¿A qué nos referimos cuando hablamos de los «mecanismos de base del funcionamiento social»? Al abordar esta cuestión, es necesario recurrir a referencias históricas, pues la naturaleza de esos mecanismos variará según el tipo de sociedad de que se trate. En la medida en que el interés se concentre en los discursos sociales que se dan en el seno de las sociedades capitalistas industriales, esos mecanismos corresponden esencialmente al modo de producción, a la estructuración social (estructura y lucha de clases) y al orden de lo político (estructura y funcionamiento del Estado). El análisis ideológico de la producción social de sentido no es otra cosa que la busca de las huellas que invariablemente dejan esos niveles del funcionamiento social en los discursos sociales. Ello no implica que todo lo que se pueda «encontrar» en los discursos remita a esos niveles fundamentales de la sociedad: por eso aparte de la lectura ideológica, un discurso permite muchas otras lecturas (V. *Lectura(s)*).

Podría creerse que la distinción entre, por un lado, esos niveles fundamentales del funcionamiento social y, por el otro, los discursos sociales reintroduce esa otra distinción, clásica, entre infraestructura y superestructura. Pero no es así. Ante todo, la distinción entre un conjunto significativo (discursos sociales) y sus condiciones de producción es de orden metodológico-epistemológico: no implica concebir la sociedad misma como dividida en «instancias». Cada vez que analizamos concretamente discursos sociales, la distinción *se produce* en virtud de la siguiente pregunta: ¿En qué medida el sentido que se ha invertido en esos discursos remite a condiciones determinadas de engendramiento que conciernen a los mecanismos de base del funcionamiento social? Pero por eso mismo la distinción es completamente relativa, porque en las condiciones de producción de cualquier conjunto significativo también hay discursos, hay sentido. La distinción no separa pues una infraestructura que sería ajena al sentido y una superestructura que estaría hecha de sentidos. La destrucción de esta oposición clásica se impone además por el principio según el cual lo ideológico puede incorporarse en cualquier materia significativa. Supongamos que analizamos un sistema significativo gestual, asociado a la experiencia de clase: estamos ante un sentido incorporado en la materia significativa del cuerpo. El cuerpo, ¿corresponde al orden de la infraestructura o al de la superestructura? La pregunta es absurda.

¿En qué nivel del discurso hay que buscar lo ideológico? Es evidente que no puede responderse de manera global a semejante pregunta: las condiciones de inversión de sentido no son las mismas en las diferentes materias significativas ni en los diferentes tipos de discurso. Sin embargo, si uno permanece en la esfera del lenguaje, la respuesta puede sorprender: lo ideológico debe buscarse en todas partes. Porque que lo ideológico, como el sentido en general, se produce como desfase, como diferencia interdiscursiva (V. *Desfase*). Y en una situación productiva determinada, esas disparidades pueden tener que ver con operaciones que algunos llamarían «sintácticas», así como con modos de organización «semántica» (V. *Lingüístico*, análisis). Una ideología puede, siempre de manera fragmentaria, manifestarse en el plano de los «contenidos» de un discurso. Pero en la medida en que lo ideológico tiene la jerarquía de una gramática de producción de discursos, nunca podría definirse en el nivel de los «contenidos».

Poder

En análisis de los discursos, el término «poder» designa el sistema de relaciones entre un discurso y sus condiciones (sociales) de reconocimiento. El concepto de «poder» se refiere pues a la problemática de los efectos de sentido de los discursos. Como se advierte, lo mismo que lo ideológico, la noción de «poder» define una dimensión de todo discurso, de toda producción de sentido que circula en una sociedad. En consecuencia, no debe confundirse la problemática del poder con la problemática de lo político: esta última concierne a un tipo de discurso, caracterizado por su relación específica con un funcionamiento social particular, el de la red institucional del Estado. En otras palabras, la cuestión del discurso político es un capítulo dentro de la cuestión, mucho más vasta, del poder de los discursos.

Evidentemente, «poder» e «ideológico» son dos problemáticas estrechamente ligadas entre sí: el poder de un discurso no es ajeno a los mecanismos significativos que resultan de las operaciones discursivas que a su vez derivan de las condiciones ideológicas de producción. Dicho esto, aclaremos que los dos problemas no son el mismo y es menester cuidarse de una especie de monismo teórico, muy de moda, fundado en a) una confusión entre la cuestión ideológica y la cuestión del poder y b) la hipótesis según la cual el poder funciona, siempre y en todas partes, con una misma y única gramática. En cambio es interesante estudiar cómo y por qué un mismo discurso no tiene el mismo poder ni produce los mismos efectos en contextos sociales diferentes, y también cómo y por

qué el poder adquiere modalidades diferentes en niveles diferentes del funcionamiento social!

Como ya dijimos, toda producción discursiva puede abordarse como un fenómeno de reconocimiento y una gramática de reconocimiento sólo puede «materializarse» en la forma de una producción de sentido. ¿Cómo se materializa pues el poder de un discurso y cómo podemos estudiarlo? El poder sólo puede estudiarse a través de sus efectos; esto, no por ser una trivialidad es menos importante: los efectos de una producción de sentido siempre son una producción de sentido. La naturaleza concreta de una y otra puede no ser la misma: el efecto de una palabra bien puede ser una conducta no verbal. Pero el principio merece destacarse: en el sentido amplio del concepto de «discurso» (V. Discursos, análisis de los), el poder de un discurso puede estudiarse únicamente en otro discurso que es su «efecto».

efecto del poder es siempre discurso social
sea su materialidad
AK / y. conducta

Discursos (Análisis de los)

esto conjunto de palabras
debe ser

Ante todo hay que subrayar que en su sentido amplio la noción de «discurso» designa, no únicamente la materia lingüística, sino todo conjunto significante considerado como tal (es decir, considerado como lugar investido de sentido), sean cuales fueren las materias significantes en juego (el lenguaje propiamente dicho, el cuerpo, la imagen, etcétera).

En segundo lugar, hay que destacar que la expresión se emplea en plural: «análisis de los discursos», con lo cual se busca señalar una diferencia respecto de aquellos que hablan de «el análisis del discurso», concibiendo así El Discurso como una especie de homólogo de La Lengua, del cual podría hacerse una teoría general «fuera de contexto». Lo que se produce, lo que circula y lo que engendra efectos en el seno de una sociedad constituyen siempre *discursos* (ciertamente, se trata de *tipos* de discursos cuyas clases habrá que identificar y cuya economía de funcionamiento habrá que describir).

En tercer lugar, el término discurso destaca cierto enfoque de los fenómenos de sentido. Por ello «discurso» y «texto» no son sinónimos. «Texto» es una expresión equivalente a «conjunto signifiante»: con ese término se designa un «paquete» de materias significantes (lingüísticas o de otra índole), independientemente de la manera de abordar su análisis (V. Texto). «Análisis discursivo» implica ya cierto número de postulados que hacen que el texto no «se aborde» de cualquier modo. Los siguientes son los más importantes de tales postulados; sin son válidos en el caso de la materia signifiante lingüística, lo serán a fortiori en el caso de otras materias:

1. Ya sea en relación con las reglas de su producción, ya sea en relación con las reglas de su reconocimiento, las huellas que se encuentran en la superficie de un discurso corresponden a operaciones que no pueden reducirse a la suma de las propiedades de las unidades-enunciados que componen el discurso.

2. En consecuencia, poner en una secuencia discursiva las operaciones que han de describirse (V. Operaciones) partiendo de las huellas dejadas en la superficie, implica relaciones «a distancia» que no pueden representarse mediante un modelo canónico del enunciado ni tampoco mediante listas de relaciones entre pares de enunciados. Dicho de otro modo, el discurso tiene un *espesor témporo-espacial* que le es propio.

3. De ello se sigue que una «misma» marca, identificada en dos puntos diferentes de la secuencia operativa de un texto, puede ser la huella de dos operaciones subyacentes distintas, en virtud, precisamente, de su ubicación en la secuencia.

4. En el caso de ciertos soportes (como el del discurso de los medios masivos escritos, por ejemplo) la distribución en el espacio es tan importante como la ubicación dentro de la secuencia. Existe una organización signifiante del espacio del discurso. Esta idea de la ubicación en el espacio y en el tiempo del discurso remite a una problemática a la vez extremadamente importante y poco estudiada: la de la *materialidad del sentido incorporado*. Un discurso no es en definitiva otra cosa que una ubicación del sentido en el espacio y en el tiempo.

5. El análisis discursivo trabaja sobre las disparidades intertextuales, se interesa esencialmente por las diferencias entre discursos (V. Desfase). Este se origina en las propiedades de todo conjunto textual (V. Texto). Desde el punto de vista de una teoría de la producción social de sentido, un texto no puede analizarse «en sí mismo», sino únicamente en relación con las invariantes del sistema productivo de sentido. Ahora bien, para mostrar que ciertas propiedades de una economía discursiva están realmente asociadas a invariantes productivas determinadas (ya sea en la etapa de producción, ya sea en la de reconocimiento) es necesario que, en condiciones diferentes, los discursos producidos sean también diferentes. Por ello el procedimiento comparativo es el principio básico del análisis de los discursos.

que comparativo
hacer para

Lingüístico (Análisis)

Es evidente que en el momento actual hay tantas maneras de trazar la frontera entre análisis de los discursos en una lengua natural y análisis lingüístico como existen enfoques lingüísticos diferentes. Para mu-

chos lingüistas, la lingüística no puede ir más allá de los límites de la proposición (sea cual fuere la manera de definir los componentes de esta última). En efecto, con frecuencia la lingüística trabaja con fragmentos de discurso, pero en la mayor parte de los casos considerará esos fragmentos independientemente de toda situación de circulación de tales discursos e independientemente de los contextos discursivos en los que podrían situarse dichos fragmentos (es decir, independientemente de los tipos posibles de discurso). Además representará esos fragmentos como compuestos por proposiciones elementales que mantienen entre sí relaciones de subordinación o de coordinación. En consecuencia, en la mayor parte de los casos lo que preside la clasificación de los componentes y lo que permite al lingüista enmarcar la descripción de su funcionamiento es, de todos modos, un modelo canónico de la proposición.

El análisis de los discursos se interesa principalmente por la ubicación del sentido en el espacio y el tiempo (V. *Discursos*, análisis de los). En consecuencia, las operaciones que procura identificar y describir no pueden reducirse a componentes de unidades-proposiciones. Esto establece ya una diferencia importante entre análisis lingüístico y análisis de los discursos, al menos respecto de ciertos enfoques lingüísticos.

Ahora bien, es cierto que nada le impide al lingüista interesarse por las descripciones de operaciones transfrásicas (que por lo demás es lo que está ocurriendo cada vez con mayor frecuencia en el momento actual). Tampoco hay nada que impida comenzar a interrogarse sobre funcionamientos que plantean el problema de los tipos de discurso (a partir de las investigaciones pioneras de Benveniste, por ejemplo). ¿Quedaría abolida así la distinción entre análisis lingüístico y análisis de los discursos? Aparentemente aún subsiste una diferencia. Porque la tendencia fundamental del lingüista es la de trabajar sobre marcas (sea cual fuere el alcance de las operaciones a las cuales remiten tales marcas), sin interpretarlas como huellas de las restricciones de origen social que sufrió la producción. Si el lingüista se interesa en el análisis de un texto más allá del estudio de los elementos que componen las unidades-enunciados, lo hará en la medida en que ese texto representa la actividad de lenguaje propia de una lengua, por ejemplo, el francés. Tratar los índices localizados en la superficie discursiva como marcas y no como huellas implica que uno busca propiedades que permitan definir cierta operación, sea cual fuere el tipo de discurso en el que aparezca esta operación (es decir, independientemente del contexto discursivo). En análisis de los discursos, en la medida en que lo que interesa es el conjunto de una economía discursiva dada que permite definir un tipo de funcionamiento asociado a condiciones productivas determinadas, el resultado bien puede ser una descripción según la cual «la misma» ope-

ración (o más bien una operación que sería la misma a los ojos de un lingüista) contribuye de dos maneras diferentes —en dos tipos de contexto diferentes— al efecto de sentido global del discurso.

Respecto de la mayoría de los estudios lingüísticos, se puede decir que las operaciones que interesan al lingüista, por un lado, y al analista de los discursos, por el otro, no siempre son las mismas. Pueden a veces coincidir, en la medida en que el lingüista se interese por las operaciones propiamente discursivas, es decir, en que vaya más allá de los límites de la unidad «frase» estudiada fuera de contexto. Aun en el caso de que ambos tipos de análisis coincidan parcialmente, el lingüista, a diferencia del analista de los discursos, no remitirá esas operaciones a las condiciones sociales de producción (o de lectura) del texto; antes bien, las considerará como invariantes que remiten a la gramática de una lengua dada.

Por otra parte, la antigua trilogía sintaxis/semántica/pragmática ciertamente no sirve para trazar una frontera entre análisis lingüístico y análisis de los discursos. Ante todo, porque esa distinción está siendo abolida por la práctica misma de la lingüística. Luego, porque en la medida en que el análisis de los discursos se interesa por los *desfases* interdiscursivos que resultan de diferencias sistemáticas en las condiciones productivas de los discursos, esas disparidades pueden manifestarse en cualquier nivel de funcionamiento del lenguaje. De modo que lo que podría ayudarnos a delimitar el dominio del análisis de los discursos no es pues la frontera problemática entre sintaxis y semántica, ni la que separa la semántica de la pragmática.

Operación

Quando se analizan los discursos se describen operaciones. (Este principio nos aproxima a cierta lingüística: véanse los trabajos de Antoine Culioli.) Una superficie textual está compuesta por marcas. Esas marcas pueden interpretarse como las huellas de operaciones discursivas subyacentes que remiten a las condiciones de producción del discurso y cuya economía de conjunto definió el marco de las lecturas posibles, el marco de los efectos de sentido de ese discurso. De modo que las operaciones mismas no son visibles en la superficie textual: deben reconstruirse (o postularse) partiendo de las marcas de la superficie.

El modelo de una operación está compuesto por tres elementos: un operador, un operando y la relación entre ambos, sea xRy . Sobre la base de ese modelo mínimo, se impone hacer ciertas observaciones:

1. El punto de partida de la descripción es siempre la identificación de una marca interpretada como operador. O, para decirlo de otro mo-

do: la primera condición de la descripción de una operación es identificar un operador en la superficie.

2. Una marca situada en un sitio determinado de una superficie textual (es decir, la *aparición* de una marca) puede asociarse a varias operaciones al mismo tiempo.

Veamos como ejemplo un título tomado de la prensa semanal de información:

Veinte años después

Esta expresión, considerada en su conjunto como un operador, aparece implicada en no menos de tres operaciones diferentes: a) flechaje «hacia adelante», a cargo del conjunto del título, hacia el texto que sigue; se trata de la función metalingüística, propia de todo título; b) flechaje «hacia atrás», a cargo de la marca después: se trata de un fenómeno anafórico que remite a un texto anterior (que, por lo demás, en este caso no existe); c) «efecto de reconocimiento»: el conjunto del título remite por evocación al título de la novela de Dumas (véase Verón, 1975 y 1976b)

3. El *operando* puede estar ausente del texto que se analiza: puede identificarse como marca en otro texto, o bien corresponder sencillamente al orden del imaginario social. En el ejemplo que acabamos de citar, el operando de la anáfora está ausente; el operando del efecto de reconocimiento, también. El único presente en el texto es el conjunto del artículo que sigue al título, operando del flechaje «hacia adelante» metalingüístico. Destaquemos que la presencia o la ausencia del operando es una propiedad extremadamente importante de una operación.

4. La misma marca situada en un sitio determinado de una superficie textual puede funcionar simultáneamente como operador de una operación y como operando de otra. Un título, por ejemplo, puede ser operando respecto de un subtítulo que lo precede y operador respecto del texto que sigue.

5. En análisis de los discursos, los términos que componen las relaciones pueden alcanzar cualquier nivel de complejidad (un artículo definido o un pronombre personal, tanto como una expresión completa que funcione como título o todo el texto de un artículo periodístico).

6. En consecuencia, un término de una relación puede ser, a su vez, en otro nivel de análisis, una relación. En otras palabras, es útil darse la posibilidad de describir metaoperaciones.

7. La misma clase de operaciones (por ejemplo, flechaje anafórico «hacia atrás» sobre un operando ausente) puede estar a cargo de diferentes marcas de la superficie (es decir, a cargo de operadores diferentes). La indicación hacia atrás, por ejemplo, puede estar a cargo de una marca temporal (como en el ejemplo citado) o bien de una marca de enunciación de tipo deictico:

Medio Oriente

¿Y ahora qué?

o bien por un artículo definido:

La prueba alemana

etcétera.

8. El mismo tipo de marca, en contextos discursivos diferentes, puede hacerse cargo de operaciones diferentes (puede ser operador de operaciones diferentes). El artículo definido, por ejemplo, que a menudo es el operador de una relación anafórica en los títulos periodísticos informativos (que anuncian una «noticia»), no produce anáfora cuando se trata de una expresión genérica que sirve de título, por ejemplo, para un editorial:

La toma de rehenes como método

9. Para quienes trabajan con discursos sociales, compuestos en la mayor parte de los casos por varias materias significantes (discurso escrito e imagen, por ejemplo) es importante recordar que un operador bien puede incluirse en una marca no lingüística. (Imágenes, por supuesto, pero también elemento de distribución en el espacio: dimensiones diferenciales de los caracteres, espacio entre los textos, etcétera.)

Teniendo en cuenta que un texto puede estar sometido a una pluralidad de lecturas, ¿qué operaciones describir? Sólo la búsqueda de *disparidades* interdiscursivas puede guiarnos. Se trata de describir, en un conjunto discursivo, todas las operaciones que definen una diferencia sistemática y regular con otro conjunto discursivo, considerando como hipótesis que ambos están sometidos a condiciones productivas diferentes. Diferencias sistemáticas: se trata, pues, no de describir operaciones aisladas, sino de tomar en consideración el conjunto del funcionamiento de una economía discursiva en lo que la diferencia de otra. Diferencia regular: se trata, pues, no de describir operaciones identificables en tal o cual texto particular, sino de llegar a constituir tipos de discurso, caracterizados por un funcionamiento relativamente constante en el seno de una sociedad y de un período histórico determinados.

Desfase

La noción de desfase designa el principio mismo de estructuración interna de un corpus de textos. Es indisociable de la regla de base del método, la de la comparación entre tipos de textos.

Un corpus está constituido por *grupos de textos*. Cada uno de esos grupos debe ser homogéneo desde el punto de vista de las condiciones

condiciones de producción
extratextuales

extratextuales (sea en producción, sea en reconocimiento): los textos que lo componen han sido elegidos, precisamente, en función de esa homogeneidad postulada. Por hipótesis, los textos que componen cada grupo deben manifestar, en relación con las dimensiones de análisis que fueron definidas como pertinentes, un *desfase cero*. Es decir, en lo que se refiere a esas dimensiones, deben ser equivalentes. Entre los grupos, en cambio, debe manifestarse un desfase sistemático, que hace visibles las huellas de sus condiciones diferenciadas de producción o de reconocimiento. Esto es lo que debe verificar toda investigación de un corpus. Si no se manifiesta lo dicho anteriormente, si los desfases entre los grupos de textos sometidos a condiciones postuladas como diferentes no son ni más netos ni más sistemáticos que los desfases que se advierten entre los textos que componen cada grupo, eso significa que las hipótesis iniciales sobre las relaciones entre los textos y sus condiciones de producción no son correctas.

Todo análisis de los discursos es, en última instancia, un análisis de diferencias, de desfases interdiscursivos (la identidad se define como el grado cero de desfase). Al poner de manifiesto los desfases, se hacen *visibles* las huellas dejadas por las condiciones (de producción o de reconocimiento) en los textos (o, si se prefiere, las *marcas* se transforman en *huellas*). Es por ello que, cada vez que un discurso nos interesa, tenemos que encontrar otro que, por diferencia, constituya el «revelador» de las propiedades pertinentes del primero.

Interdiscursividad

Si el método de constitución de los corpus se funda en la identificación de *desfases* pertinentes (V. *Desfase*), ello se debe a que la estructuración de los discursos es siempre un fenómeno interdiscursivo. Si el análisis de los discursos es un análisis de diferencias, ello se debe a que los discursos sociales siempre se producen (y se reciben) en el interior de una red, extremadamente compleja, de interdeterminaciones. Esta noción de relaciones interdiscursivas es esencial en todos los niveles del funcionamiento del sistema productivo del sentido. Tanto entre las condiciones de producción como entre las de reconocimiento de un discurso, hay otros discursos. En realidad, puede decirse que todo discurso producido constituye un fenómeno de reconocimiento de los discursos que forman parte de sus condiciones de producción. Del mismo modo, una gramática de reconocimiento sólo existe en la forma de discursos producidos, partiendo de los cuales se puede intentar reconstituir esta gramática. La producción y el reconocimiento, como «polos» del sistema

productivo implican pues la existencia de redes de relaciones interdiscursivas. En cuanto a la circulación, se define como una relación interdiscursiva: el desfase entre producción y reconocimiento. La interdiscursividad debe reconocerse así como una de las condiciones fundamentales de funcionamiento de los discursos sociales. Ella justifica, por otra parte, la estrategia metodológica.

Lectura(s)

El analista de discursos sólo puede hacer *lecturas* de esos discursos. Dicho de otro modo: el analista de discursos siempre está situado, por definición, en el reconocimiento. En realidad, el discurso analizado (o, si se prefiere, el «discurso-objeto») es una condición de producción del discurso producido por el analista. Desde el punto de vista teórico, la posición del analista, del «observador», *no coincide* con la del «consumidor» de los discursos: uno y otro no hacen exactamente la misma lectura. La lectura del analista sufre la mediación de su método y de los instrumentos que aplica a las superficies discursivas. Esta mediación afecta el discurso analizado en su poder: hay un fenómeno de poder-creencia que es propio del «consumo» y que el analista destruye. Ahora bien, cuando el analista se propone construir una gramática de reconocimiento de un discurso o de un tipo de discurso, aunque su propia lectura no coincide con la del «consumidor», su objeto es reconstituir esta última.

Por otro lado, puesto que un *texto* es el lugar de convergencia de una multiplicidad de sistemas de determinaciones (V. *Texto*), siempre admite una pluralidad de lecturas. Puede hacerse de un *texto* una lectura ideológica, psicológica, psicoanalítica, lingüística, documental de sus contenidos manifiestos... La lista sería muy larga. Todo depende de la teoría que el analista utilice para enmarcar sus operaciones de manipulación de la superficie textual en cuestión.

Situado siempre en reconocimiento, el observador puede proponerse reconstituir la gramática de producción de un texto o de un conjunto de textos: no hay en ello ninguna contradicción. Sencillamente, leer un texto en relación con su gramática de producción o leerlo en relación con su (o sus) gramática(s) de reconocimiento no es lo mismo. El observador tendrá que vérselas, por ejemplo, en un caso y en el otro, con redes interdiscursivas diferentes. Es decir, relacionará el texto que analiza con otros textos, pero esos textos no serán los mismos en uno y otro caso.

Texto

Así como el concepto de ideológico se hace cargo de la ruptura en relación con la noción preteórica de ideología (V. *Ideología, Ideológico*), el concepto de *discurso* se considera aquí teórico, por oposición a la noción puramente descriptiva de «texto». Texto designa así, para nosotros, en el plano empírico, esos objetos concretos que extraemos del flujo de circulación de sentido y que tomamos como punto de partida para producir el concepto de discurso. En consecuencia, un texto es un objeto heterogéneo, susceptible de múltiples lecturas, situado en el entrecruzamiento de una pluralidad de «causalidades» diferentes, es decir, lugar de manifestaciones de una pluralidad de ordenes de determinación. El mismo texto puede pues abordarse como fragmento en el que se manifiesta la actividad del lenguaje propia del francés; como reflejo del sujeto (en el sentido del individuo identificable, histórico, el «autor») que la produjo; como lugar de lo ideológico y del poder respecto de la sociedad; como objeto que contiene unidades identificables de información que es posible sistematizar mediante un análisis documental; como espacio en el que se pueden advertir huellas del inconsciente, es decir, como espacio de manifestación de la actividad simbólica; como movimiento en el contexto de una estrategia interpersonal. Todos estos análisis son posibles como también muchos otros y en el momento actual no hay medios teóricos suficientemente poderosos para integrarlos en un marco que tuviera la pretensión de decirlo todo sobre un texto. O quizás esa condición plural del texto es irreductible y tal vez defina algo esencial que tendría que ver con la naturaleza necesariamente fragmentada, múltiple, sobredeterminada de la producción de sentido en el seno de una sociedad compleja.

Semiosis

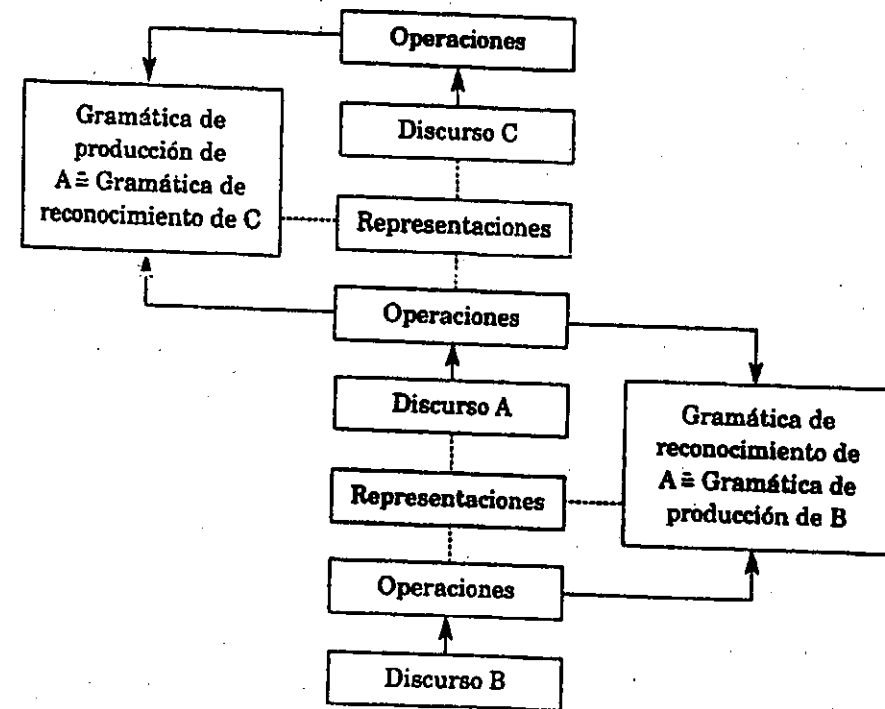
Este término, tomado de Peirce, designa para nosotros la red interdiscursiva de la producción social de sentido. En otra parte (véase Verón, 1977b) tratamos de mostrar, siguiendo a Peirce, que la semiosis es ternaria, social, infinita, histórica. Su naturaleza ternaria es un aspecto decisivo del modelo de la semiosis, en comparación con los modelos de dos términos que dominaron toda la historia de la lingüística contemporánea desde Saussure en adelante. Nosotros propusimos una primera aproximación entre las teorías de Frege y de Peirce y la problemática del análisis de los discursos, según el siguiente esquema (véase Verón, 1977b):

Frege
Sinn
Zeichen
Bedeutung

Peirce
Interpretante
Signo
Objeto

Objeto / discurso
Operaciones
Discurso
Representaciones

Tratemos ahora de representarnos la red de la semiosis respecto de un conjunto discursivo dado, sometido al análisis. Todo análisis de discursos implica cierto dispositivo que es, si se me permite la expresión, un fragmento de tejido semiótico «arrancado» al flujo de la producción social de sentido. En el siguiente esquema, A es el conjunto discursivo de partida, el corpus que analizamos en un momento dado.



Se advierte claramente que la naturaleza ternaria del modelo de la semiosis se traduce en la creación de una red interdiscursiva: en el análisis de un conjunto discursivo dado intervienen no menos de tres conjuntos: siendo A el conjunto de partida, tenemos, por un lado, los discursos que forman parte de las condiciones de producción A (conjunto C) y, por el otro, los discursos que definen el proceso del reconocimiento de A.

(conjunto B). Esta red está siempre en juego, aun cuando por supuesto, no siempre es posible abarcarla por entero en un proyecto de análisis determinado. En cambio, en el transcurso del análisis inevitablemente el analista tiende a postular el funcionamiento de operaciones que no están atestiguadas en los textos en los cuales trabaja (por ejemplo, las nociones de «actualidad» o de «acontecimiento» en el caso del discurso de la prensa de información: nociones que hay que postular aunque no se las produzca cada vez en un texto periodístico). Es por ello que siempre se postulan hipótesis sobre sistemas de representaciones. Al no estar atestiguadas por operadores en la superficie textual (V. Operaciones) las representaciones tienen una condición particular (indicada en el esquema mediante relaciones en línea discontinua) y no forman parte, estrictamente hablando, de las gramáticas. Sea como fuere, las hipótesis sobre las representaciones siempre deben justificarse mediante el análisis de operaciones. Al ser los sujetos los mediadores entre condiciones productivas y proceso productivo, se postula pues que ellos son los soportes de las representaciones.

(1979)

Verón (Eliseo)

Sobre la teoría y el análisis de los discursos sociales presentados aquí, véanse, entre otros artículos, los siguientes:

1971. Ideology and social sciences: a communicational approach, *Semiotica* 3 (1), pp. 59-76.
- 1973a. Pour une sémiologie des opérations translinguistiques, *Versus Quaderni di studi semiotici*, 4, pp. 81-100.
- 1973b. «Linguistique et sociologie: vers une «logique naturelle des mondes sociaux», *Communications*, 20, pp. 246-278.
- 1973c, (en colaboración con S. Fisher). Baranne est une crème, *Communications*, 20, pp. 160-181.
- 1973d. Remarques sur l'idéologique comme production de sens, *Sociologie et Sociétés*, 5 (2), pp. 45-70.
1975. Idéologie et communications de masse: sur la constitution du discours bourgeois dans la presse hebdomadaire, en *Idéologies, littérature et société en Amérique Latine*, Bruselas, Éditions de l'Université de Bruxelles, pp. 187-226.
1976. Corps significant, en *Sexualité et pouvoir* (colección dirigida por A. Verdiglione). París, Payot.
- 1977a. Récit télévisuel et imaginaire social, Actas del 29º Premio Italia.
- 1977b. La semiosis sociale. Documento de trabajo, núm. 64ª Università di Urbino.

1978a. Semiosis de l'idéologique et du pouvoir, *Communications*, 28, pp. 7-20.

1978b. Le Hibou, *Communications*, 28, pp. 69-126.

Referencias bibliográficas

Althusser, L. 1965. *Pour Marx*. París, Maspero.